
José Juan Arrom

En los umbrales del siglo XXI, cuando los avances de los medios de comunicación han reducido el mundo a un villorrio todavía en discordia, es más urgente que nunca que sus habitantes nos conozcamos mejor y accedamos a una convivencia respetuosa y justa. Para este objetivo no sé de obra alguna que arroje más luz sobre uno de los principales sectores de ese mundo que estos escritos de José Martí. Sus observaciones sobre la sociedad estadounidense a finales del siglo pasado son tan sagaces y perdurables que resultan igualmente válidas al cierre del presente siglo.

Acaso no esté de más recordar que Martí vivió en los Estados Unidos, salvo breves ausencias, desde enero de 1880 hasta enero de 1895, es decir, los quince años de su máxima madurez. Esos años fueron de una actividad asombrosa: enseñó, tradujo, dirigió periódicos, redactó proclamas, pronunció discursos y conferencias, envió cartas, desempeñó cargos diplomáticos y, atento siempre a cuanto ocurría en su entorno, escribió las crónicas que ahora tiene el lector en sus manos. Y entre tantos quehaceres agotadores realizó la doble revolución, la estética y la política, que cambió el curso de las letras y de la historia de los pueblos que hablamos español.

Cabe asimismo recordar que precisamente en esos años los Estados Unidos definían su configuración nacional. Con la anexión de Texas, Nuevo México, Arizona y California (1848) habían completado su dominio sobre la costa septentrional del Golfo de México y extendido sus confines hasta el borde del Océano Pacífico. Superado el violento hiato de la Guerra Civil (1861-1864), que estuvo a punto de escindirlos en dos naciones con antagónicos modelos de organización económica y social, continúan la conquista del Oeste, terminan el

Ferrocarril Transcontinental que unió el país de mar a mar, y recobran su pujanza durante el llamado Período de Reconstrucción (1865-1877). Tres años después desembarca en Nueva York Martí, quien en 1875 ya había estado unos días, en tránsito hacia México, en la ciudad.

Desde esa atalaya observa la sociedad estadounidense y escribe las crónicas que Pedro Henríquez Ureña ha definido como «periodismo elevado a un nivel artístico que nunca ha sido igualado en español, ni probablemente en ninguna otra lengua». No es mi propósito puntualizar en estas páginas los valores literarios señalados en esta cita. En otra parte he indicado que nuestro modernismo hispánico comenzó a definirse en la prosa antes que en la poesía. Las características fundamentales del movimiento aparecen en estas crónicas en colores, sonidos, ritmos e imágenes que les confieren innovadores matices pictóricos, plásticos y musicales. El verbo martiano, vivo y vibrante, se yergue, se ilumina, se expande y cobra la elocuencia del discurso oral. Su voz y su mensaje son para ser escuchados e internalizados como si fuesen un canto épico.

En estos reportajes Martí también se adelanta a quienes suelen concebir la cultura circunscrita a sólo las letras y las artes. Su visión se abre a la vida entera de un pueblo, a lo que hace y lo que piensa, a lo que tiene y lo que quiere. Martí se ocupa por supuesto de los más destacados escritores de esos años. Pinta retratos luminosos de poetas a quienes admira y exalta, de Longfellow, cuyos versos son «como urnas sonoras», y de Whitman, que es «de los que ven las raíces de las cosas», y de Emerson, sensato y sereno en su retiro del histórico Concord. Otras veces escribe sobre militares como el general Grant, exploradores como el legendario Buffalo Bill, o forajidos como el notorio Jesse James. En otras describe huelgas y represalias, los sinsabores que padecen los inmigrantes, la inocultable presencia del indio que resiste y la del negro que reclama justicia. Y completa el mural comentando problemas religiosos, luchas políticas, conferencias económicas que afectaban el futuro de nuestra América, exposiciones de pintura, festejos nacionales y hasta un terrible terremoto en Charleston.

Todavía hace más. Martín Fierro, épico paradigma de los tiempos modernos, aconsejaba a sus hijos: «No tiemplen el instrumento/por solo el gusto de hablar,/y acostumbrense a cantar/en cosas de jundamento». Martí afina su voz a la del gaucho y cifra sus reflexiones en apotegmas de registro tan amplio que el lector puede formar su propia antología. Selecciono, a manera de ejemplo aplicable a la presente colección, esta que admirablemente señala una de sus características esenciales: «Cada estado social trae su expresión a la literatura de tal modo que por las diversas fases de ella pudiera contarse la historia de los pueblos con más verdad que por sus cronicones y sus décadas».

En fin, que su obra es histórica, y es brújula y norma y meta. Hay ideas que no caducan y seres que no perecen. Así ocurre con Martí y su obra.